



La Eucaristía

El Cuerpo de Cristo, partido y entregado por el mundo



La Eucaristía es la “fuente y cumbre de toda la vida cristiana” (*Lumen Gentium* [Constitución dogmática sobre la Iglesia], no. 11). En la liturgia eucarística y en nuestras oraciones ante el Santísimo Sacramento nos encontramos a la presencia de Dios de maneras personales y profundas. Pero la Eucaristía también es algo social, tal y como nos lo recuerda el Papa Benedicto XVI en *Deus Caritas Est* (Dios es amor): “Una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma” (no. 14). La Eucaristía, celebrada en comunidad, nos enseña la dignidad humana, nos llama a una correcta relación con Dios, con nosotros mismos y con los demás. Como Cuerpo de Cristo, nos envía en misión para ayudar a transformar nuestras comunidades, barrios y el mundo. La enseñanza de la Iglesia, arraigada tanto en la Escritura como en la Tradición, subraya la naturaleza personal y social de la Eucaristía. Esta guía destaca los escritos de los Papas San Pablo VI, San Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco sobre la naturaleza social de la Eucaristía. Sus palabras nos desafían y nos mueven a encontrar a Cristo en la Eucaristía de manera personal y social.

Experimentamos la Eucaristía como comunidad.

La Eucaristía nos acerca cada vez más a Cristo como individuos, pero también como comunidad. Como católicos nunca ofrecemos culto verdaderamente solos, individualmente. Durante la liturgia eucarística nos reunimos jóvenes y ancianos, ricos y pobres, así como lo hacen millones de personas por todo el mundo y los santos en el cielo, para celebrar el sacrificio de Cristo. Esta poderosa realidad nos recuerda que, en palabras de San Juan Pablo II: “Una comunidad realmente eucarística no puede encerrarse en sí misma” (*Ecclesia de Eucharistia* [Sobre la Eucaristía], no. 39); la Eucaristía, más bien, nos reta a reconocer nuestro propio lugar dentro de la comunidad y de la familia humana.

La Eucaristía nos hace conscientes de nuestra propia dignidad y la de los demás.

La Eucaristía es un signo de nuestra “dignidad incomparable” como personas humanas. Esta dignidad, otorgada a todas las personas independientemente de su clase social, situación económica o lugar de origen, nos hace reconocer “qué valor debe de tener a los ojos de Dios todo hombre, nuestro hermano y hermana, si Cristo se ofrece a sí mismo de igual modo a cada uno . . . Si nuestro culto eucarístico es auténtico, debe hacer aumentar en nosotros la conciencia de la dignidad de todo hombre,” escribe San Juan Pablo II (*Dominicae Cena* [Sobre el misterio y el culto de la Eucaristía], no. 6).

La Eucaristía unifica y sana las divisiones.

San Pablo enseñó que la celebración de la Eucaristía no es sincera si existen divisiones

en la comunidad basadas en la clase social (1 Cor 11), en posiciones o privilegios (Rom 12) o si existen facciones dentro de la comunidad (1 Cor 1). El participar en el sacramento como miembros iguales de la familia de Cristo nos reta a unirnos como una sola familia.

La Eucaristía nos sensibiliza con los que sufren.

Al meditar sobre la Eucaristía experimentamos el amor que Cristo nos tiene a nosotros y a todos los demás. En la profundidad de la oración, el amor de Cristo por quienes sufren nos mueve y sensibiliza tanto que las palabras de san Agustín se hacen para nosotros una realidad: “El dolor de una persona, incluso del miembro más pequeño, es el dolor de todos” (*Sermo Denis*). “Cuando quienes comulgan se resisten a dejarse impulsar en un compromiso con los pobres y sufrientes, o consienten distintas formas de división, de desprecio y de inequidad, la Eucaristía es recibida indignamente” (Papa Francisco, *Amoris Laetitia* [La alegría del amor], no. 186).

La Eucaristía nos mueve y nos inspira a responder.

En la Eucaristía la abundancia sin límites del amor del Padre hace que nazca “en nosotros una viva respuesta de amor,” la cual hace que “que nosotros mismos comenzamos a amar” (*Dominicae Cena*, no. 5). Al contemplar el sacrificio de Cristo por un mundo de necesidad, nos sentimos obligados a seguir su ejemplo. Adentrados “en la dinámica de su entrega” nos sentimos llamados a darnos a nosotros mismos en solidaridad con los miembros de nuestra familia humana que afrontan injusticias (*Deus*

Caritas Est, no. 13). Las palabras de san Juan Crisóstomo en el siglo IV se hacen realidad para nosotros al reflexionar sobre Mateo 25,31-46: “¿Deseas honrar el Cuerpo de Cristo? No lo ignores cuando esté desnudo.”

El amor inspirado por la Eucaristía nos permite vivir nuestra vocación cristiana.

San Juan Pablo II escribió que nuestra habilidad para ir e imitar a Jesús lavando los pies de los discípulos es el “criterio [en base al cual] se comprobará la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas” (*Mane Nobiscum Domine*, no. 28). “El culto eucarístico,” dijo, es la expresión del “amor que nace en nosotros de la Eucaristía,” aquel amor que es “la característica auténtica y más profunda de la vocación cristiana” (*Dominicae Ceneae*, no. 5). El Papa Francisco nos recuerda: “En la Eucaristía lo creado encuentra su mayor elevación”; por lo tanto, “la Eucaristía es también fuente de luz y de motivación para nuestras preocupaciones por el ambiente, y nos orienta a ser custodios de todo lo creado” (Papa Francisco, *Laudato Si’ [Sobre el cuidado de la casa común]*, no. 236).

La Eucaristía nos reta a reconocer y confrontar las estructuras de pecado.

El Cristo resucitado en la Eucaristía se convierte una “urgencia de renovación interior, dirigida a cambiar las estructuras de pecado en las que los individuos, las comunidades, y a veces pueblos enteros, están sumergidos” (San Juan Pablo II, *Dies Domini [Sobre la santificación del Domingo]*, no. 73). Estas estructuras incluyen el racismo, la violencia, la injusticia, la pobreza, la explotación y todas las demás degradaciones sistemáticas de la vida o dignidad humana. Como nos lo recuerda el Papa Benedicto XVI, nuestra “comunidad entre hermanos y hermanas” en la Eucaristía hace que nazca en nosotros “la voluntad de transformar también las estructuras injustas para restablecer el respeto de la dignidad del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios” (*Sacramentum Caritatis [Sacramento de la caridad]*, no. 89).

La Eucaristía nos prepara para la misión.

Ante el rostro del pecado y la injusticia que vemos presente en nuestras comunidades y en nuestro mundo, la Eucaristía pone una “semilla de viva

esperanza en la dedicación cotidiana de cada uno a sus propias tareas,” retándonos a vivir vidas “eucarísticas” y afirmando nuestro papel tanto como ciudadanos como hombres y mujeres de distintas profesiones y en distintos niveles de la sociedad, cuyo cometido es “contribuir con la luz del Evangelio a la edificación de un mundo habitable y plenamente conforme al designio de Dios” (*Ecclesia de Eucharistia*, no. 20).

La Eucaristía nos impulsa y envía a transformar el mundo.

La Eucaristía “no debilita, sino que más bien estimula nuestro sentido de responsabilidad respecto a la tierra presente.” Cristo en la Eucaristía nos llama “a la edificación de un mundo habitable y plenamente conforme al designio de Dios” (*Ecclesia de Eucharistia*, no. 20). Llenos de admiración por todo lo que hemos recibido en la autodonación de Cristo, respondemos con el servicio y las obras de caridad. Actuamos para transformar las estructuras, políticas y leyes injustas que degradan la vida y la dignidad humana.

Copyright © 2013, 2021, United States Conference of Catholic Bishops, Washington, DC. Todos los derechos reservados. Se autoriza la reproducción de esta obra, sin adaptaciones, para uso no comercial.

PREGUNTAS PARA LA ORACIÓN Y LA REFLEXIÓN ANTE LA EUCARISTÍA

1. Dedicar algo de tiempo a reflexionar sobre las citas de textos papales que aparecen en este documento.
 - ¿Cuál de ellas te inspira?
 - ¿Cuál de ellas te reta?
 - ¿Cómo puede Dios estar hablándote?
2. ¿Cuál tema(s) que afecta actualmente a tu comunidad y al mundo sientes profundamente en tu corazón? Dedicar algo de tiempo a presentar estas preocupaciones ante el Santísimo Sacramento.
3. Durante tu tiempo frente a Cristo presente en la Eucaristía, ¿sientes su compasión? ¿Su amor? ¿El deseo de transformar todo aquello que se opone a la vida y dignidad humana?
4. ¿Qué dones te ha dado Dios Padre? ¿Cómo puede estar pidiendo que utilices esos dones al servicio de los demás?
5. ¿De qué manera la comida eucarística te obliga a ocuparte de los que tienen hambre?
6. ¿Cómo puede el Espíritu Santo moverte a unirte a otros para responder a los problemas de tu familia, barrio, o comunidad?